

Homilía del 2 de Agosto de 2015

«Señor, danos siempre de ese pan». Éstas son las palabras de las personas que, como recuerdan la lectura del Evangelio del domingo pasado, estuvieron presentes cuando Jesús alimentó a la multitud con cinco panes y dos pescados. A ese punto querían «llevarlo para proclamarlo rey», pero «se retiró de nuevo a la montaña, él solo». Entonces ellos salieron en busca de él, como oímos en el Evangelio de hoy, no porque querían un rey, pero porque habían comido «de aquellos panes hasta saciarse». Todavía queriendo más panes y pescados, la gente hablaron las palabras que oímos hoy, «Señor, danos siempre de ese pan». Sus palabras me recuerdan de las palabras de la Samaritana con quién Jesús estaba hablando al lado de un pozo: «Señor, dame de esa agua, y así no sufriré la sed ni tendré que volver aquí a sacar agua» (San Juan 4:15). Parece que nosotros seres humanos a menudo estamos tan enfocados en las cosas físicas que no podemos oír a Jesús hablar de cosas espirituales.

¿Qué es lo que realmente queremos? Estoy seguro que la respuesta es, «Muchas cosas». Queremos la comida, la ropa, y el techo para nosotros y nuestra familia; queremos cuidar o al menos ayudar a miembros de nuestra familia que necesitan nuestra ayuda; queremos oportunidades, especialmente para nuestros hijos. Queremos un carro y una televisión, etcétera., etcétera La lista sigue y sigue. Y por supuesto todos nuestros deseos básicos son buenos cuando ellos son ordenados correctamente. Según la primera carta a Timoteo, «Todo lo que Dios ha creado es bueno y nada es depreciable, si se recibe con acción de gracias; porque la Palabra de Dios y la oración santifican» (I Timoteo 4:4-5). Y por supuesto Jesús sabe que el deseo por la comida y agua sin tener que gastar esfuerzo excesivo es natural y bueno. El problema viene para nosotros cuando pensamos sólo en nuestras necesidades físicas o las necesidades de nuestros queridos, porque tenemos otras hambres que demandan ser satisfechas.

¿Qué es lo que realmente queremos? Un hombre que sabía bien todas estas hambres es un hombre al cual a menudo me he referido, un hombre cuyos libros tuvieron un rol importante en convertirme ser un cristiano católico. Su nombre es Aurelio Agustín de Hipona y vivió desde trescientos cincuenta y cuatro hasta cuatrocientos treinta D.C. Era un filósofo, teólogo, y obispo. Ahora nos referimos a él como San Agustín. Pero no siempre era un hombre de Dios.

Homilía del 2 de Agosto de 2015

Los primeros años de Agustín eran años de ir siguiendo, primero un impulso o deseo, entonces el otro. Escribió que él y sus amigos robaron sólo para la diversión y que era sexualmente promiscuo. Durante muchos años vivió con una mujer que trajo a su vida, como él mismo escribió, a causa de pura lujuria. En resumen, escribió que cometió pecado tras pecado. De su vida interior durante este tiempo escribió, por así decirlo, una confesión:

No tenía amor todavía, pero anhelaba amar; y guardando dentro mí el secreto de mi incapacidad para amar, me odiaba a mi mismo porque vi mi pobreza espiritual. Buscaba lo que amar, anhelando a amar. Me odiaba la seguridad y la senda sin peligros, porque tenía dentro de mi mismo hambre por alimento interior, hambre de ti mismo, ¡O Dios mío!, aunque no sabía que sentía esta hambre. No tenía ningún apetito de alimentos espirituales, no porque estuviera lleno de ellos, sino porque estaba tan vacío que miraba en ellos con asco y aburrimiento.

¿Qué es lo que realmente quería? Al madurar, Agustín escribió, por así decirlo, una oración en relación a todas estas cosas que había deseado y amado:

Todas estas cosas, y su igual pueden ser ocasiones de pecado porque, buenas aunque son, son del estrato más bajo del bueno, y si somos demasiado tentados por ellas abandonamos estas cosas que son más altas y mejores, tu verdad [O Dios], tu ley, y tu si mismo, O Señor nuestro Dios.

San Agustín escribió la historia de su propia búsqueda por la respuesta a la pregunta, ¿Qué lo que realmente queremos? en su libro, cuyo título es *Confesiones*. Buscó para satisfacer su anhelo por medio de seguir su deseos físicos y por seguir primero uno, entonces otro culto o filosofía. Mientras él recordó su búsqueda para satisfacer el anhelo dentro de sí mismo, escribió estas palabras de hablarle a Dios en el principio de su libro: «Tu nos has hecho para ti, y nuestros corazones están agitados hasta que descansen en ti». Por experiencia dura Agustín consiguió el entendimiento que Jesús nos enseña en nuestro Evangelio de hoy: «Jesús. . . contestó [a la gente]: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed»». Que Dios nos conceda la sabiduría y la voluntad y la fortaleza de volvernos a él para satisfacer nuestra hambre.